

Sin embargo, el reconocimiento de su obra no es —ni mucho menos— misión exclusiva de los valencianos, sino una cuestión que atañe a todos los amantes de la literatura. Juan Gil-Albert, compendio de artes y saberes, pensador en prosa y en verso, poeta incorregible al fin, dejó testimonio de su fascinación por la vida y el arte en cada uno de sus libros. Nosotros, desde nuestra condición de lectores, estudiosos, o ejerciendo simplemente de seres humanos, no podemos menos que recoger su testigo.

The Ohio State University

MARÍA PAZ MORENO PÁEZ

Ernesto Caballero. *Auto*. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1993, 72 pp.

Ernesto Caballero pertenece al grupo que César Oliva ha llamado los «primeros dramaturgos de los ochenta» (*El teatro desde 1936*, Alhambra, 1989) y que Patricia O'Connor ha denominado el «primer grupo de la democracia» (*Estreno*, XVII, No. 1, primavera 1991). Los miembros del grupo, nacidos entre 1957 y 1965, desdeñan el espectáculo colectivo para cultivar un teatro de autor que da supremacía a la palabra. Tratan con humor temas de la realidad cotidiana, sobre todo la problemática de la juventud marginada de la gran urbe, usando el nuevo argot callejero de los ochenta. Menos conocidos todavía que los autores surgidos en plena transición política (José Luis Alonso de Santos, Fermín Cabal, José Sanchís Sinisterra, Domingo Miras, etc.), los miembros de este nuevo grupo incluyen a Antonio Onetti, Paloma Pedrero, Alfonso Plou, María Manuela Reina, Sergei Belbel y Ernesto Caballero. Este último es graduado de la Escuela de Arte Dramático de Madrid, profesor en la misma escuela y director de un grupo de teatro. Entre sus textos estrenados figuran *Squash*, montada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 1988, y *Auto*, representada en el festival de Otoño de Madrid en 1992.

En este auto contemporáneo cuatro personajes, representantes de nuestra sociedad actual aunque no precisamente alegóricos como en el auto sacramental clásico, acuden «citados por algo», a una rara especie de sala de espera. Puesto que ha habido un accidente, ellos suponen que están allí para declarar. No obstante, la cuñada insiste en que sólo el conductor del camión, que no está

presente, debe sentarse en el banquillo de los acusados dado que el más perjudicado es el marido, cuyo coche se hizo «pura chatarra». Los cuatro —el marido, la esposa, la cuñada y la autoestopista— se consideran «sólo testigos» de la colisión.

Sin embargo, lo que se desarrolla es un juicio —aunque no acudiré ningún juez— en que los cuatro se acusan mutuamente. En este proceso judicial lo que parecía un simple accidente va convirtiéndose en una sorprendente historia de infidelidades amorosas, mentiras y codicias contada con humor y frescura a medida que escuchamos las confesiones de los cuatro, que esperan —como aquellos personajes de Beckett— a alguien que no llegará. La obra es entonces una investigación, una pesquisa tras la verdad, a través de la cual los personajes han de encararse con su culpa.

Empezamos a enterarnos de lo que realmente pasó cuando la autoestopista declara su «pequeña responsabilidad», admitiendo que no avisó a tiempo para bajarse del coche del marido. Cuando éste frenó en seco, el camión, que iba detrás al final de una larga caravana de coches, no pudo evitar la colisión. Acto seguido, se inician las acusaciones de la esposa, que ataca al marido por par de sólo oír que la chica le gritaba: «Aquí me bajo».

Toda una historia inesperada comienza cuando la esposa revela que, antes del accidente de aquel domingo, había visto juntos al conductor y a la autoestopista en la dehesa donde ella merendaba con su marido y su cuñada. La autoestopista confiesa que ella y el camionero habían estado juntos la noche anterior en un motel y que, al llegar a la dehesa, tuvieron una discusión. Cuando ella buscó a alguien que la ayudara, se dio con el marido, que lavaba su coche en la fuente, y éste, al ver al camionero perseguirla «como una fiera», se ofreció a sacarla de allí. Pero más tarde, al ver que el camionero les estaba dando alcance en la carretera, ella gritó: «Aquí me bajo».

La autoestopista confiesa que le había apetecido hacer algo divertido y diferente, lejos de su novio que estudiaba economía, y haciendo autostop, había llegado a un bar de carretera donde le dieron trabajo. Cuando el camionero le ofreció dinero para pasar la noche con él —ya fuera por el aburrimiento con el novio, por el alcohol o por los estimulantes— jugó a ser prostituta de carretera y terminó la noche con él en el motel. Al día siguiente el conductor del camión prometió dejarla donde ella le pidiera; sin embargo, se desvió hacia la dehesa, diciendo que un día en el campo les sentaría bien.

Ahora las revelaciones toman un nuevo rumbo. La esposa, que evidentemente sabe algo de lo que no estamos enterados nosotros, se convierte en fiscal, obligando a los demás que contesten a una serie de preguntas. Las contestaciones dan a conocer que, cuando la autoestopista se topó con el marido, que lavaba su coche en la fuente retirada de donde la esposa preparaba la comida, éste no estaba solo sino con la cuñada. Asimismo, cuando la esposa insiste en saber qué había ocurrido entre el mediodía, cuando vio a la autoestopista salir del camión, y la media tarde, cuando ésta montó en el coche del marido, oímos a la cuñada confesar de pronto que ya no tiene sentido ocultar la verdad; que hace un año que los dos se entienden a espaldas de la esposa. Por si todo lo anterior no fuera poco, la esposa, obligada por la cuñada que la observaba, confiesa que se había dirigido a la fuente en busca de agua para preparar la comida y se había quedado espiando, detrás de las breñas, lo que sucedía en el interior del automóvil reluciente de su marido.

La sorpresa final se suscita cuando la esposa, alegando que el conductor no ha perseguido a la autoestopista por sus encantos, anuncia que éste mismo le había dicho que continuaba con ella para recuperar el sueldo que él había cobrado aquel mismo día y que ella le había robado. Luego, cuando el marido insiste en saber en qué momento el conductor se lo había dicho, nos enteramos que después de la comida, mientras la esposa fregaba los cacharros en la fuente, el conductor había llegado buscando a la autoestopista y que los dos terminaron entre los matorrales. Fue por eso que la esposa había deseado «desquitarse», hacer algo fuera de lo normal, en el mismo sitio donde había sorprendido a su marido y descubierto el engaño de su propia familia.

Este auto contemporáneo, escrito con vivacidad, ironía y tono paródico, termina cuando los personajes se dan cuenta de que no vendrá nadie a que los juzgue. Como los personajes de *A puerta cerrada* de Sartre, ya han sido juzgados entre ellos.

En su breve prólogo Eduardo Haro Tecglen comenta el efecto de este «auto de culpa y confesión» en los espectadores, los cuales no sólo juzgan sino que se sienten ellos tan juzgados como los personajes. Haro afirma que aunque puede que Caballero nos tenga un poco menos de cariño del que tenía Sartre por sus condenados, «no nos tiene odio» como Calderón, quien «se emparentaba con Dios» (por ejemplo en *El gran teatro del mundo*), «para mirar a sus

personajes, y por lo tanto a nosotros, para juzgarlos y condenarlos o salvarlos». A diferencia de los viejos autores morales, dice Haro, Caballero «es uno de nosotros», es decir, uno de sus espectadores.

Penn State University

MARTHA T. HALSEY